

## *La reacción patriarcal y sus descontentos (I)*

Ignacio Álvarez Rodríguez

Profesor de Derecho Constitucional, UCM

[ialvarez1@ucm.es](mailto:ialvarez1@ucm.es)

SUMARIO. 1. Introducción. 2. La tesis de la reacción patriarcal. 3. A modo de reflexión final provisional. 4. Bibliografía.

### **1. Introducción**

Esta comunicación se divide en dos partes. En esta primera se dará cuenta de la llamada reacción patriarcal que parece estar teniendo lugar como respuesta a los avances del feminismo. En la segunda parte, se expondrá la reacción a la reacción patriarcal, basada en una honda preocupación por los derroteros que está tomando el asunto.

### **2. La tesis de la reacción patriarcal**

Dentro del movimiento feminista nos explican que el hombre de hoy debe reformularse al completo hasta el punto de que de no hacerlo “las mujeres seguirán en peligro” y/o “todos seguiremos en peligro”. ¿Cómo se articula este pensamiento? Mediante dos vectores igualmente importantes para sus propósitos. En primer término, se aboga por un programa de ingeniería social en torno al deseo de una nueva masculinidad, extremo que sólo puede realizarse partiendo de la base de que los seres humanos son, poco más o menos, un *mecano*. En segundo término, las mismas voces que no cesan en su ataque al hombre son las que se alarman porque a alguno se le ocurra pedir auxilio ante tal dislate, tildando tal petición de socorro, o al menos de desahogo, de “reacción patriarcal”. Veamos ambas.

Existe una corriente de opinión que proclama la obsolescencia del hombre, que la masculinidad es “tóxica”, que el hombre debe deconstruirse al completo, y que poco menos que es la quintaesencia de todos los males de Occidente (es de suponer que también en Oriente) bajo la fórmula del patriarcado, ese animal mitológico que nadie sabe de dónde surge, en qué año se creó, o quienes formaron parte de tan opresor conciliábulo. Las fechas históricas suelen tener días y años concretos y protagonistas con nombres y

apellidos. No es el caso del patriarcado, cuyos orígenes se sitúan en función de los intereses y visiones de la literatura feminista al uso.

No obstante, el hombre a demoler tiene algunos atributos que lo hacen especialmente apetecibles para las fauces de cierto feminismo. No es cualquier hombre. Es uno concreto, ese “hombre, blanco, cis, heterosexual”, la correa de transmisión de todos los patógenos habidos y por haber. *Hombre*, en tanto que ser humano cuyo sexo biológico es masculino. *Blanco*, en tanto que las *minorías racializadas* habrían sido por él sistemáticamente oprimidas. *Cis*, en tanto que no siente ninguna incomodidad entre su identidad de género y los atributos genitales que le tocaron en suerte. Y *heterosexual*, claro, como persona a la que le atraen los seres humanos del otro sexo. Todos ellos pecados capitales por separado, pero ya juntos...

Este hombre es objeto hoy en día de una guerra sin cuartel que no empezó precisamente ayer. Guerra global, pues comienza a edades bien tempranas, desde la niñez hasta la senectud, pasando por la adolescencia y la juventud y llega hasta la madurez y senectud, tal y como demostró hace años Christina Hoff Sommers y nos recordaron hace bien poco Warren Farrell y John Gray.<sup>1</sup> En las líneas que siguen se pretende ofrecer un bosquejo de cuáles son los principales ataques que está sufriendo, de dónde vienen, por qué se formulan (arrecian) en estos tiempos y qué críticas comportan.

Las autoras que en la actualidad sostienen esta tesis son varias. Comenzaremos por la obra de Pauline Harmange. La francesa hace una defensa convencida y contundente de la necesidad de la misandria (el puro odio al hombre por el mero hecho de serlo). Aunque su pensamiento no es especialmente novedoso ni profundo, sí resulta una buena guía para saber qué vientos huracanados soplan. Los hombres son “seres violentos, egoístas, perezosos y cobardes” y la misandria, solo por eso, ya estaría justificada. Aun más cuando caemos en la cuenta de que esa actitud, odiar a los hombres, ha provocado “exactamente cero muertos y cero heridos”.

La autora nos informa que en la misandria ve una puerta de salida, una forma de avanzar fuera del camino establecido y reconoce que “odiar a los hombres, como grupo social y a menudo también a nivel individual”, le aporta “muchoa felicidad”. Si todas las mujeres se volvieran misándricas, sostiene Harmange, quizá se podría “armar un jaleo tan grande

---

<sup>1</sup> Vid. HOFF SOMMERS, C; *Who stole feminism? How women have betrayed women*, Touchstone Press, New York, 1994; y FARRELL, W; y GRAY, J; *The boy crisis: why our boys are struggling and what we can do about it*, BenBella Books, Dallas, 2018.

como maravilloso”. Un pensamiento, como puede fácilmente colegirse, original, empático, justo y ponderado.<sup>2</sup>

La profesora Ranea Triviño dedica también denodados esfuerzos al asunto. Para la socióloga, los hombres blancos enfadados lo están porque pierden poder y vuelcan su odio y envidia contra “el otro”. Lo cual les hace ser victimistas, como sucedió con la “escenificación esperpéntica” de la masculinidad violenta que se vio en el asalto al Capitolio en 2021.

La autora cree que el rugir de la extrema derecha tiene mucho que ver con esa *Internacional del odio* que implica la reacción patriarcal a la que dedica espacio. Para Ranea, las “ciberviolencias” son una forma de resituar la masculinidad hegemónica en redes. El contexto virtual está polarizado y es violento con las mujeres, por lo que las redes “se vuelven espacios de inseguridad” para ellas. El miedo a la violencia machista, según su parecer, se sigue en el continuo virtual-real. Son una extensión de las políticas del miedo patriarcales. Aquí incluye en su análisis desde los *trolls* de Internet hasta los “foros de puteros”, pasando por la película *2 Fast 2 Furious*, de la que deduce que la masculinidad es un riesgo para la salud. Ranea insiste en que “en el contexto pandémico actual se ha desvelado la necesidad de problematizar la masculinidad como un asunto de riesgo para la salud pública”. ¿El motivo? Que los hombres incumplen más las restricciones-COVID.

En esa tesitura, dirá Ranea, “hemos de plantearnos la abolición de la masculinidad, al menos como sueño, como ampliación de nuestros posibles siquiera”. Mensaje recibido: desguacemos a niños, adultos y ancianos como si fueran *Mr. Potato* y luego reconstruyamos como podamos los restos del naufragio. La autora defiende que el feminismo debe ser paranoico, aunque no lo diga con esas palabras. Ella lo denomina “teoría de la sospecha” y básicamente defiende que se debe desconfiar de los autoproclamados hombres nuevos que sólo quieren el aplauso “en lugar de trabajar por el cambio real”.<sup>3</sup>

Si se entiende la propuesta de la autora, primero debe desguazarse al hombre. Luego, si alguno se ha convertido ya a la *nueva masculinidad* tal cosa no será bastante, pues se

---

<sup>2</sup> Vid. HARMANGE, P; *Hombres, los odios*, Paidós, Barcelona, 2020.

<sup>3</sup> Vid. RANEA TRIVIÑO, B; *Desarmar la masculinidad*, La Catarata, Madrid, 2021.

sospechará de lo que quede de él. Finalmente, ellas decidirán si le devuelven a la vida y en qué condiciones.

Pedro Vallín es otro *aliado* en sumarse a este desatino disfrazado de causa política. Su análisis parte de la base de que mientras en nuestras calles emergía “el movimiento feminista más poderoso de Occidente”, el protagonismo político era cooptado por hombres de la misma generación. Aunque deja fuera, por motivos que sólo él sabe, a las vicepresidentas del Gobierno, y a las ministras, entre otras, quizá no sería tan poderoso como dice el periodista.

Para Vallín, la conversión en víctima del varón blanco heterosexual es impúdica, manipulando la violencia machista para aparentar indefensión y proyectando su virilidad antediluviana mediante actividades como la caza (*¿?*). Vallín insiste: “el cazador como víctima. El devorador de chuletones. El torero. La paradoja -y la desfachatez- es olímpica: hombres voraces armadas que matan animales son las víctimas. Hombres brutales que matan mujeres viven sojuzgados. Lágrimas de depredador”.

Respecto a la libertad de expresión, Vallín lo tiene claro (y eso que es periodista y escritor) y dice que la corrección política es la manera en que “las sociedades progresan legislando sin legislar sobre el sentido común de la ética en cada época”. Es una forma eufemística como otra cualquiera de decirles a los rivales que no se quejen ni alcen la voz, que ahora toca repliegue y aguantar mecha, si se permite la expresión.

Pedro Vallín no es especialmente original al decir que la película *Joker* representa a la perfección esa masculinidad tóxica que tanto quiere hacer claudicar, dado que la ira indiscriminada que condensa el protagonista es idéntica, según dice, a la que llevó a Donald Trump a la Casa Blanca y a la que invadió el Capitolio cuando fue derrotado. La película sirve para la que llama “white trash”, integrada por hombres de la *alt-right*, y masas de *incels* que conspiran “en las sentinas de Internet por un mundo de mujeres sumisas”.<sup>4</sup>

En este proceso es inevitable la referencia al pensamiento de Rebecca Solnit, apologeta de las mayores diatribas contra la mera existencia del hombre.<sup>5</sup> Para Solnit, la base de la que partir es que “los hombres asuman la responsabilidad no solo de su propia conducta, sino también de la de los hombres que los rodean para convertirse en agentes del cambio”.

---

<sup>4</sup> Vid. VALLÍN, P; *C3PO en la corte del rey Felipe*, Arpa, Barcelona, 2021, p. 45 y ss.

<sup>5</sup> Vid. SOLNIT, R; *La madre de todas las preguntas*, Capitán Swing, Madrid, 2021, p. 93 y ss.

El planteamiento es fabuloso por destructivo: quienes llevan a cabo unas acciones dejan de responder de ellas y quienes no las cometen deben hacerse cargo de estas. Si decimos que es destructivo es porque eso es lo que hace, destruir la presunción básica sobre la que se articula cualquier sistema demoliberal: la responsabilidad en cuanto envés de la libertad. Y la libertad solo puede ser individual. Huelga decir que de tales planteamientos se podría deducir que Solnit no parece muy amiga de la libertad.

La escritora nos dice que hay tres categorías de hombres: los aliados, los misóginos furiosos y los *haters* y circunscribe estos dos últimos grupos a la órbita de Internet, especialmente en esos foros “donde avivan sin cesar las llamas de su resentimiento”. Para Rebecca Solnit, los únicos hombres que merecen los mejores calificativos (“excepcionalmente perceptivos, elocuentes y francos”) son aquellos que reconocen que se benefician de eso que la autora llama sin empacho “cultura de la violación”, lo cual es una contradicción en sus términos en la medida en que no hay valores y prácticas comúnmente aceptadas de tal cosa. Decíamos que esos hombres le merecen los mejores parabienes. ¿Por qué? Porque se expresan así: “Nosotros, los hombres, nos beneficiamos, todos los hombres nos beneficiamos, de la cultura de la violación”.

La profesora Bengonya Enguix ha estudiado el asunto enfocado en la diferencia entre las “viejas masculinidades” y las “nuevas masculinidades”. Hace tres décadas la masculinidad era la regla universal incuestionable aunque ella es de la opinión de que “ni el sexo ni la naturaleza son reales” y todo es cultural e interpretable. Con sus palabras: “género y cuerpo son tanto materia como discurso”. Dentro de esas coordenadas contextuales dirá que las masculinidades son una cosa y los hombres otra. Con ese lenguaje marca de la casa posmoderna dirá que las primeras son “múltiples, complejas y contradictorias”.

A partir de los años setenta del pasado siglo se empieza a desarrollar, en el marco de los estudios de género, la tesis de la *crisis de la masculinidad*, lo cual explica bastantes cosas: serán las feministas las que digan que el hombre está en crisis, quizá porque necesitan el argumento para intentar generar el caldo de cultivo propicio para seguir con la letanía de la cultura de la violación, el patriarcado opresor y demás. Para nuestra autora la vieja masculinidad sería la práctica que legitima la posición dominante de los hombres y justifica la subordinación de las mujeres. La nueva masculinidad, que reformula en forma de masculinidades positivas serían tres: la masculinidad *inclusiva* (homosexuales, por ejemplo); la masculinidad *profeminista* (Justin Trudeau y compinches, cabe deducir). Y

la masculinidad *cuidadora* (resumida en ser buena persona y ayudar a quien lo necesite, especialmente si pertenece al círculo familiar propio).<sup>6</sup>

En esto de la reformulación del hombre también presta servicios la profesora Ávila Bravo-Villasante. Aun reconociendo, de la mano de Kate Millet, que no se puede resolver la cuestión del origen del patriarcado (¡al fin alguien del movimiento lo dice!) ello no es óbice para orillar la demolición del varón. Tiene algunos pensamientos que merece la pena traer a colación. Cree que la sociedad de la posverdad proporciona un ambiente adecuado para que los *hombres muy hombres* (cursivas en el original) reclamen una vuelta a la masculinidad. Es pertinente preguntarse cómo puede volver un hombre a ser hombre si nunca dejó de ser hombre. ¿Qué sitio es el que la filósofa tiene en mente? ¿Cómo volver de donde nunca se fue uno? Y las mujeres, ¿volverán a la feminidad?

La autora es de la opinión de que los hombres mantienen un discurso victimista mientras obvian sus privilegios, declarando que se sienten perdidos y clamando compasión por verse superados ante tanto avance. Con todo, explica la reacción patriarcal en sus términos. Cree que los hombres despliegan una estrategia que mezcla el halago y el terror con la máxima del divide y vencerás. Considera que propalan mitos antiguos como si fueran hallazgos recientes mientras niegan la existencia de reacción a la vez que acusan al feminismo de todos sus males. Añoran la feminidad tradicional y luchan por su vuelta. Esa reacción patriarcal denuncia que no existe crisis de la masculinidad e insta a que seamos “hombres muy hombres”. Además, aspiran a tener el control reproductivo y sexual de la mujer y se apropian del lenguaje feminista para sus -claramente espurios- intereses.

La doctrina pone atención en los nombres que emplea la reacción patriarcal, para que no pueda filtrarse por los conductos del sistema y pase inadvertido (importante: el nivel de paranoia debe mantenerse siempre en sus máximos). Así, en nuestro feminismo tanto Octavio Salazar como Amparo Rubiales hablan de la revancha patriarcal al hilo del escenario político español que integra el Partido Popular, Ciudadanos y Vox en el gobierno andaluz.

Hablan de *postmachismo*, otra forma de aludir a la mentada reacción patriarcal que, según los autores, supone la renuencia a los avances feministas, idea esta que es en sí misma

---

<sup>6</sup> Vid. ENGUIX GRAU, B; “Las nuevas masculinidades a debate: poder, privilegio, cuerpo y cuidados”. En TÉLLEZ INFANTES, A; MARTÍNEZ GUIRAO, J.E; y SANFÉLIX ALBELDA, J (eds); *Hombres, género y patriarcado: reflexiones, cuerpos y representaciones*, Dykinson, Madrid, 2021, p. 36 y ss.

insostenible siquiera sea porque las conquistas reales suelen tener autores varios de carne y hueso, no “ismo” alguno. Esta reacción, según nuestros autores, tiene mucho predicamento en redes sociales en torno a eso que llaman *machosfera*, cuyos aliados naturales serían las políticas neoliberales y el miedo.

Para Salazar, el *postmachismo* sería algo así como hacer normal en nombre de la igualdad la reivindicación de que el hombre sea tenido en cuenta cuando se adopten medidas igualitarias. Sería no reconocer “los privilegios que la cultura nos ha concedido”. Sería defender los valores tradicionales. Sería decir que se interponen denuncias falsas. Rubiales, por su parte, prefiere hablar de *neomachismo* para aludir a ese presunto miedo a la igualdad, donde se utilizan la cultura y el poder como estructuras para mantener vivo el patriarcado y hacer de los hombres unos machistas irredentos.<sup>7</sup>

El propio Salazar ha dedicado esfuerzos adicionales, en el marco de la pandemia, a explicarnos por qué debemos alumbrar al hombre nuevo. La base de la que parte es ya sabida: “estamos asistiendo a una reacción patriarcal”, ejemplificada en la contestación que tuvo la celebración del 8-M en el año 2020. La reacción se produciría “contra los avances en igualdad, contra la movilización feminista e incluso contra las leyes y las políticas que determinados países han aprobado en las últimas décadas”.

Así se explica que “muchos varones se están sintiendo agraviados y reaccionan incluso con ira”. Lo que hay detrás de la misma “es el miedo y la inseguridad que provocan la pérdida de poder y la negativa a ajustarse a otros modelos, incluida nuestra vida más personal o íntima”. Somos “viejos hombres nuevos”, según sus propias palabras.<sup>8</sup>

Nuria Varela, por su parte, nos ilustra en profundidad sobre cómo nos hemos convertido en tamaños monstruos reaccionarios. Nos dice que la reacción patriarcal es más violenta y reactiva que nunca y que existe una “corriente negacionista” (aunque no dice qué niega), que busca “insultar a quienes piensan colectivamente” (¿es eso acaso posible?). Por ejemplo, serían las voces que criminalizan a quienes luchan por erradicar la violencia de género (quizá no sea eso: quizá sea que la manera de hacerlo se revela ineficaz, tal y como se empeñan en demostrar los datos con contumacia).

---

<sup>7</sup> Vid. RUBIALES, A; y SALAZAR, O; *Al amparo del feminismo*, Renacimiento, Sevilla, 2021, p. 327 y ss.

<sup>8</sup> SALAZAR BENÍTEZ, O; *La vida en común: los hombres que deberíamos ser después del coronavirus*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021, p. 25 y ss.

Para Varela, cada progreso feminista ha sufrido su propia reacción patriarcal, que intenta detener o eliminar esa conquista. Al derecho de sufragio se reaccionó con saña (con tanta saña que ningún país que lo ha reconocido lo eliminó después jamás). A la expansión democrática se le opuso “la mística de la feminidad” (atacaban a Betty Friedan por explicar cómo funcionaban las cosas de verdad). Y al feminismo radical le surgieron dos archienemigos tan poderosos como Ronald Reagan y Margaret Thatcher (tan poderosos que el feminismo sigue entre nosotros con plena salud). Incluso hubo, según Varela, reacciones patriarcales antes de la existencia del propio feminismo, como la caza de brujas.

Por supuesto, la bestia negra de la autora es “la derecha” porque ha hecho del feminismo su bestia negra. Dice que bajo gobiernos del Partido Popular, las políticas de ajuste machacaron a las mujeres en una ofensiva en todos los frentes, constatable en hechos tan subyugantes como la reconversión del Ministerio de Igualdad a Secretaría de Estado. Como se puede ver, un auténtico infierno. Infierno de reacción patriarcal que nuestra autora explica, por lo demás, aludiendo a una única referencia bibliográfica que data del año 1990 y que se refiere a la realidad norteamericana de aquellas fechas.<sup>9</sup>

A este respecto, Rosa Cobo ya argumentó desde la sociología en torno a la idea de la reacción patriarcal en una monografía publicada en el año 2011. Para Cobo, en los últimos treinta años se ha producido una reacción patriarcal “insólita por su intensidad sistémica”. La principal causa la cifra en varias, pero una destaca por encima del resto: el resurgir del feminismo radical de los años setenta, despertando a los aletargados patriarcales que habrían creído a pies juntillas en el fin de la Historia *fukuyamiana*.

¿En qué consiste esa reacción? En que los hombres no aceptan las conquistas igualitarias, que la mujer sea dueña de su cuerpo y de su vida. Pero aquí Cobo distingue entre buenos y malos y lo hace de forma literal. Habría una reacción desde colectivos masculinos progresistas e intelectuales moderados, que vendrían a defender que la igualdad ya está conseguida y que medidas como las cuotas no deben ser adoptadas. Y habría una reacción desde colectivos masculinos “bárbaros”, cuya respuesta es la violencia ante las heridas que sedicentemente les causan los avances femeninos.

Las estrategias reactivas discurren por una serie de prácticas culturales determinadas (por ejemplo, exigir un canon de belleza a la mujer “imposible de alcanzar”), la globalización

---

<sup>9</sup> Vid. VARELA, N; *Feminismo 4.0. La cuarta ola*, Ediciones B, Barcelona, 2019, p. 35 y ss.

neoliberal (el Estado privatiza lo público y así aumenta el trabajo doméstico de las mujeres) y la violencia sexual (*juergas de fin de semana* donde alguna mujer resulta muerta a manos de los *juerguistas*).<sup>10</sup>

Estas tesis presentan la característica común de explicar el auge de la reacción gracias a Internet, en torno a grupos de hombres tildados de “supremacistas blancos” o de ultraderechistas, en un intento de estigmatizar y desactivar toda crítica que se precie, por atinada o procedente que sea. Aquí destacan las tesis de Julia Ebner y de Talia Lavin, que siguen la estela de trabajos como el Angela Nagle.<sup>11</sup>

En cuanto a la tesis de Julia Ebner, presta atención a los grupos llamados *trad wives* (esposas tradicionales), originados en torno a las comunidades *Red Pill*, personas que han abierto los ojos a la auténtica realidad y asumen las consecuencias de ello. La galaxia que forma esta constelación en red incluye desde grupos en defensa de los derechos de los hombres (*Men Rights Activists*) hasta grupos de aislacionistas (*Men Going Their Own Way*), pasando por diferentes foros de Reddit, 4chan y 8chan. Todos ellos, nos dice una Ebner que se infiltró en su seno, adolecen de ser una machosfera de ultraderechistas y célibes involuntarios que liberan su bilis, rencor, odio y resentimiento con un discurso claramente antifeminista.

Lo más interesante de esta cuestión es cuando Ebner asume que tales movimientos también están integrados por mujeres, que reciben el nombre de *trad wives*. Un auténtico hito investigador. ¿Su pecado? La búsqueda del amor (“es lo que radicaliza a la mayoría”), defender los derechos de los hombres (“que desean recuperar los roles de poder tradicionales”), así como las nociones exageradas de masculinidad y feminidad (la autora no menciona ni una, así que no podemos poner ejemplos). Este tipo de planteamientos no tolera que las mujeres sean libres de verdad, como para poner la feminidad delante del feminismo.

Hasta aquí, el análisis de sus tesis demuestra que nada nuevo hay bajo el sol. Pero Ebner sube la apuesta. Por un lado, alerta de que las comunidades virtuales de hombres y mujeres con este pensamiento no deja de crecer situando la cifra de algunas en cuarenta mil personas. Emplea las cifras grandes para demostrar que todos están cortados por el

---

<sup>10</sup> Vid. COBO, R; *Hacia una nueva política sexual: las mujeres ante la reacción patriarcal*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011, p. 20 y ss.

<sup>11</sup> Vid. NAGLE, A; *Muerte a los normies: las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt-right*, OrcinyPress, Tarragona, 2018.

mismo patrón, sin permitir ni aceptar otra cosa que no sea un bloque granítico. Autores como Peterson, políticos como Benjamin, o profesores como Fiamengo se han dedicado a “alimentar un sentimiento de victimismo masculino” que lleva a estas mujeres a “cargar con la culpa” de los abusos verbales y físicos que sufren. Julia Ebner lo tiene muy claro: “actúan como centros de socialización para hombres supremacistas e *influencers* de la Alt-Right que buscan darle la pastilla roja a usuarios corrientes”.<sup>12</sup>

Entre nosotros Ricardo Dudda ha explicado con solvencia qué cosa es esa de la pastilla roja. La metáfora viene de la película *Matrix*, donde Morfeo le ofrece a Neo ver el mundo de verdad tal y como es (pastilla roja) o seguir formando parte de la matriz irreal (píldora azul). Al escoger la pastilla roja, el protagonista ha despertado (*woke*) y conduce a la Humanidad al despertar colectivo. Para Dudda, el concepto ha sido explotado por eso que llamamos machosfera o “grupos de defensa de los hombres”, quienes para el autor son “grupos misóginos que luchan contra una aparente hegemonía feminista”. Así es como los hombres se hacen conscientes de que la auténtica y verdadera discriminación se está produciendo contra los varones blancos. Las guerras culturales contemporáneas son una constante de este tipo de debates, donde unos y otros se acusan de estar sumidos en un engaño colectivo. A lo Marcuse y su hombre unidimensional: creemos ser libres y felices pero desconocemos que nuestra libertad y felicidad son puros fantasmas.<sup>13</sup>

Talia Lavin también se infiltró en diversos foros de Internet calificados de problemáticos, donde los hombres allí reunidos alimentaban bajas pasiones nada recomendables. La autora cree que Internet “apesta a misoginia”, misoginia que también es el ruido de fondo de la cultura estadounidense. Sucesos como el “Gamergate” mostraban a las claras que la cultura misógina era moneda corriente en determinados círculos. Círculos, por lo demás, que cuando se cae el telón del feminismo más recalcitrante, no son sino formas que tenemos los seres humanos de relacionarnos y de poner en común cosas que nos desazonan, buscando apoyo y cobijo en nuestros semejantes.

---

<sup>12</sup> Vid. EBNER, J; *La vida secreta de los extremistas. Cómo me infiltré en los lugares más oscuros de Internet*, Temas de Hoy, Barcelona, 2020, p. 69 y ss.

<sup>13</sup> Vid. DUDDA, R; *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos*, Debate, Barcelona, 2019, p. 173 y ss.

La autora cree ver aquí una filosofía propia, donde se dice que las mujeres se rigen por la hipergamia y las hordas de ultraderechistas que la integran desatan auténticos infiernos en la vida real, como sucedió en Charlottesville.<sup>14</sup>

Para Pablo Stefanoni las cosas no discurren por derroteros distintos. Se basa en pensadores calificados de neorreaccionarios como Curtis Yarvin, para exponer cómo este tipo de pensamiento feminista se produce en las Universidades de la Ivy League y de ahí pasa a los medios de comunicación, quienes lo transmiten a la opinión pública. Según el autor citado, los movimientos por los derechos masculinos saludaron la candidatura en su día de Donald Trump a la presidencia porque así se podría hacer retroceder al feminismo y tendrían, al fin, “un hombre de verdad” en la Casa Blanca.

Para Stefanoni, la reacción antifeminista responde a los avances del feminismo (una vez más se acepta que “el feminismo” consigue “avances”), confundiendo la militancia antifeminista con la antifemenina. Uno puede estar en contra de la primera por no creer en sus principios y no tener problema alguno con las mujeres. Pero tiene razón Curtis Yarvin en esto: la máquina de producir propaganda no tiene fin. Estas trincheras, integradas por perdedores y marginados, al final desarrollan una suerte de mentalidad esquizoide donde se educan en el odio y el temor a la mujer, tendiendo puentes “con los foros racistas, supremacistas y pro alt-right”.<sup>15</sup>

Como este último argumento es común a estas posturas, intentaremos explicarlo de la mano de Michela Murgia. Para la escritora, el fascismo se vende como la política del sentido común y, por ello, creen que hay que volver a poner las cosas en su sitio. En ese sentido, empezar por las mujeres es básico. La hembra busca protección y los hombres se lo procuran. Ellos son fuertes y ellas débiles. Así, eludir el papel que la naturaleza nos asigna desestabiliza a ambos sexos. En cuanto a ellos, les hiere y sienten haber sido abandonados, reaccionando de manera desequilibrada y peligrosa.<sup>16</sup>

Lo que hemos dicho hasta aquí ha encontrado formulación teórica en las tesis de Michael Kimmel, sociólogo norteamericano que ha acuñado el término “hombre blanco

---

<sup>14</sup> Vid. LAVIN, T; *La cultura del odio. Un periplo por la dark web de la supremacía blanca*, Capitán Swing, Madrid, 2021, p. 109 y ss.

<sup>15</sup> Vid. STEFANONI, P; *¿La rebeldía se volvió de derechas? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda está perdiendo la iniciativa)*, Siglo Veintiuno-Clave Intelectual, Madrid, 2021, p. 87 y ss. El pensamiento del citado autor, Curtis Yarvin, puede consultarse, por ejemplo, en su blog: <https://graymirror.substack.com/> (último acceso: 9/3/2022).

<sup>16</sup> Vid. MURGIA, M; *Instrucciones para convertirse en fascista*, Seix Barral, Barcelona, 2019, p. 65 y ss.

enfadado”, para describir a ese hombre blanco, heterosexual, de mediana edad, y normalmente de ambiente rural, que siente que ha perdido pie en el mundo debido a los avances igualitarios. Este autor, ampliamente citado en la doctrina al uso en la misma medida en que ignora olímpicamente a autores como Esther Vilar o Chinweizu, tiene uno de los ensayos más comentados sobre la materia.<sup>17</sup>

Aun reconociendo nuestro autor como reconoce que los roles de género son “constructos ideológicos abstractos” Kimmel afirma sin tapujos que “el Hombre Blanco Cabreado encarna una minoría en vías de extinción” (!), cuya única salida o solución es “unirse a través de la raza, el género y otras identidades” (;?), para acabar diferenciando entre los malos y los buenos. Los malos son hombres que portan una ira atávica, nostálgica, reaccionaria, histórica y, lo que es más importante, irrelevante. Los buenos, por su parte, son trabajadores de clase media, más o menos jóvenes, que se sienten incapaces de mantener a su familia, o de padres que se desviven por unos hijos que el sistema acaba arrebatándoles, u hombres que sufren drásticos recortes en sus empleos o sueldos. Como dice el propio Kimmel, estos últimos “tienen todo el derecho a quejarse”.<sup>18</sup>

### **3. A modo de reflexión final provisional**

Lo dicho anteriormente muestra que existe un descontento en los textos feministas por la reacción que estiman que se ha producido en el mundo occidental respecto a las conquistas igualitarias. Dicha reacción se basaría en un movimiento tanto real como virtual, donde se discuten y combaten los avances que el movimiento feminista ha conseguido en los últimos tiempos.

En ese sentido, dado que la investigación tiene una segunda parte, sólo podemos recordar aquí que dicho descontento se basa en una crítica general y amplia, a la que le cuesta *bajar al piso* de lo concreto para argumentar qué pérdidas de derechos se han producido de veras, cómo ha sucedido tal cosa, y quiénes son los responsables. Se dice que se produce una reacción patriarcal pero no se sabe muy bien qué significa eso de verdad en la práctica, más allá de traducir un cierto descontento preñado de preocupación.

---

<sup>17</sup> Vid. VILAR, E; *El varón domado*, Grijalbo, Barcelona, 1973; y CHINWEIZU; *Anatomy of female power*, Pero Press, Lagos (Nigeria), 1990.

<sup>18</sup> Vid. KIMMEL, M; *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*, Barlin Libros, Valencia, 2019, p. 162 y ss.

#### 4. Bibliografía

- CHINWEIZU; *Anatomy of female power*, Pero Press, Lagos (Nigeria), 1990.
- COBO, R; *Hacia una nueva política sexual: las mujeres ante la reacción patriarcal*, Los Libros de la Catarata, Madrid, 2011.
- DUDDA, R; *La verdad de la tribu. La corrección política y sus enemigos*, Debate, Barcelona, 2019.
- EBNER, J; *La vida secreta de los extremistas. Cómo me infiltré en los lugares más oscuros de Internet*, Temas de Hoy, Barcelona, 2020.
- ENGUIGRAU, B; “Las nuevas masculinidades a debate: poder, privilegio, cuerpo y cuidados”. En TÉLLEZ INFANTES, A; MARTÍNEZ GUIRAO, J.E; y SANFÉLIX ALBELDA, J (eds); *Hombres, género y patriarcado: reflexiones, cuerpos y representaciones*, Dykinson, Madrid, 2021.
- FARRELL, W; y GRAY, J; *The boy crisis: why our boys are struggling and what we can do about it*, BenBella Books, Dallas, 2018.
- HARMANGE, P; *Hombres, los odio*, Paidós, Barcelona, 2020.
- HOFF SOMMERS, C; *Who stole feminism? How women have betrayed women*, Touchstone Press, New York, 1994.
- KIMMEL, M; *Hombres (blancos) cabreados. La masculinidad al final de una era*, Barlin Libros, Valencia, 2019.
- LAVIN, T; *La cultura del odio. Un periplo por la dark web de la supremacía blanca*, Capitán Swing, Madrid, 2021.
- MURGIA, M; *Instrucciones para convertirse en fascista*, Seix Barral, Barcelona, 2019.
- NAGLE, A; *Muerte a los normies: las guerras culturales en internet que han dado lugar al ascenso de Trump y la alt-right*, OrcinyPress, Tarragona, 2018.
- RANEA TRIVIÑO, B; *Desarmar la masculinidad*, La Catarata, Madrid, 2021.
- RUBIALES, A; y SALAZAR, O; *Al amparo del feminismo*, Renacimiento, Sevilla, 2021.
- SALAZAR BENÍTEZ, O; *La vida en común: los hombres que deberíamos ser después del coronavirus*, Galaxia Gutenberg, Barcelona, 2021.
- SOLNIT, R; *La madre de todas las preguntas*, Capitán Swing, Madrid, 2021.
- STEFANONI, P; *¿La rebeldía se volvió de derechas? Cómo el antiprogresismo y la anticorrección política están construyendo un nuevo sentido común (y por qué la izquierda está perdiendo la iniciativa)*, Siglo Veintiuno-Clave Intelectual, Madrid, 2021.

VALLÍN, P; *C3PO en la corte del rey Felipe*, Arpa, Barcelona, 2021.

VARELA, N; *Feminismo 4.0. La cuarta ola*, Ediciones B, Barcelona, 2019.

VILAR, E; *El varón domado*, Grijalbo, Barcelona, 1973.